

tivamente acudir al auxilio de Finck, y aun hoy no ha podido comprender nadie por qué no mandó el día 18, cuando todavía era tiempo, el cuerpo de Hülsen al través del bosque de Tharandt á Dippoldiswalde en lugar de mandarlo el día 20 cuando ya era demasiado tarde; pero cualquiera que fuese el plan que tuviera, siempre era una temeridad sin ejemplo enviar una division suelta de 13,500 hombres al través del camino de retirada de todo el ejército austriaco para penetrar luego por en medio de sus columnas tan superiores en número é igualmente por en medio del ejército federal mucho mas numeroso. Para esperar que saliera bien semejante operacion, era menester que Federico considerara al general Daun rematadamente incapaz. De todos modos, segun confiesan los mismos austriacos, y segun las palabras de Choiseul, que escribió respecto de la marcha de Finck: «Es la mas audaz que se puede imaginar.... parece que todo el mundo ha perdido la cabeza en el ejército.... aquí esperan todos el abandono de la Sajonia;» de todos modos, decimos, es lo cierto que Daun quedó tan consternado al saber este movimiento atrevido que amenazaba cortar la retirada, que estuvo á punto de abandonar su posicion inexpugnable en los barrancos de Plauen para refugiarse á todo correr en el territorio de Bohemia, y si no lo hizo, fué solo por las reflexiones de Lacy, que le recordó en términos enérgicos el grandísimo disgusto que había provocado ya en Austria su estrategia de inactividad y de retiradas. Por las comunicaciones de Finck, que los austriacos interceptaron, quedó Daun perfectamente enterado de la posicion y de las intenciones del general prusiano, y pudo formar el plan de atacar á la pequeña division á la vez por tres lados con fuerzas infinitamente superiores y hacerla prisionera ó aniquilarla hasta el último hombre. Este triple ataque quedó preparado con toda felicidad el día 19 de noviembre y ejecutado el 20. Por la parte de Levante atacó el príncipe Stolberg con tropas federales; desde el lado Norte el general Brentano y por el Sur la division del general O'Donnell conducida personalmente por Daun. El general Wunsch rechazó con calma impertérrita las tropas federales; también encontró al principio enérgica resistencia la caballería ligera de Brentano; pero los granaderos del grueso de las tropas de ataque que Daun condujo bajo la proteccion de una artillería poderosa contra Maxen pasando por Reinhardtsgrima y Hausdorf arrollaron con su ímpetu á los batallones prusianos uno tras otro y penetraron en Maxen. Despues, cuando la caballería de Finck quedó á su vez dispersada por la artillería enemiga, púsose Brentano en contacto con el ala izquierda de Daun y juntos se echaron en un último ataque sobre el resto de los prusianos que, habiendo perdido casi todos sus cañones y concluido sus municiones, tuvieron que refugiarse al caer la noche en las alturas que están detrás de Falkenhain y Bloschwitz. Rodeado allí Finck completamente por el enemigo contó los soldados que le habían quedado, resultando 2,836 hombres de infantería que habrían muerto ametrallados hasta el último si hubiesen querido resistir en una lucha tan desesperada.

Finck capituló pues, y Daun aceptó su proposicion; en la madrugada del 21 de noviembre la division prusiana entregó las armas; y el general Wunsch que no había firmado la capitulacion pero que estaba incluido en ella, fué hecho prisionero al intentar abrirse paso por medio del enemigo. La batalla del 20 y la capitulacion del 21 de noviembre costaron á Federico el Grande 9 generales, 540 oficiales, 12,000 soldados, 71 piezas de artillería y 120 banderas é insignias de guerra, cosa jamás vista en la historia de su ejército, y muy propia para conmovir el alma del rey hasta lo mas profundo. Sin embargo, ninguna de las esperanzas que se abrigaron

en Viena como consecuencia de este suceso se cumplió; los dos ejércitos continuaron donde estaban como si nada hubiese ocurrido. Lo único que consiguieron los austriacos en esta sangrienta campaña fué la continuacion de su permanencia en Dresde.

Para sus aliados los franceses, fué el día de la batalla de Maxen doblemente infausto; porque en el mismo día el almirante inglés Hawke destruyó completamente la escuadra francesa cerca de Quiberon, cuando el marqués de Conflans la sacó del puerto de Brest para ir á conquistar la Inglaterra.

En la noche del mismo día entregó el general francés Gayon al general Imhof la ciudad de Munster que había defendido hasta el último extremo, quedando el príncipe Fernando otra vez dueño de toda la Vestfalia.

IX.—LIEGNITZ Y TORGAU

La campaña del año 1760 fué precedida de dos actos diplomáticos cuyo éxito inmediato fué insignificante, pero que son notables porque reflejan la reaccion que los sucesos produjeron en el ánimo de las diferentes cortes. El móvil del uno fueron las instancias apremiantes del duque de Choiseul para arreglar con Inglaterra una paz separada, y la causa del otro fueron el deseo de la Rusia de incorporar definitivamente á sus Estados la Prusia Oriental que tenía ocupada y el empeño del Austria en asegurarse de nuevo el auxilio armado de la Rusia.

La Francia, derrotada por mar y por tierra, aquende y allende el Océano, en el lejano Oriente y en el Occidente, pagó con innumerables sacrificios y víctimas las faltas de su política, incapaz para hacer la guerra como para conservar la paz, é impotente para dominar las dificultades interiores.

En el mes de setiembre de 1759 el célebre ministro de hacienda, Silhouette, presentó una memoria al rey, en la cual estaba demostrado que los gastos de aquel año habían ascendido á 503.847,141 libras (francos) y los ingresos á 286.547,037 libras, quedando de consiguiente un déficit, solo en aquel año, de 217.300,104 libras; suma que se elevó en la primera mitad del año siguiente á 300 millones con atenciones extraordinarias é imprevistas. Para cubrir tan enormes sumas y proveer á los gastos de los años siguientes de guerra por medio de un aumento de 217 millones anuales en los ingresos propuso el ministro, en lugar de nuevos empréstitos, que no habrían hecho mas que empeorar el mal, nuevos manantiales de ingresos extraordinarios pero permanentes. Entre estos arbitrios figuraba en primer lugar un impuesto directo con el nombre de *subvencion* sobre toda propiedad mueble é inmueble, principalmente sobre la primera que con los continuos empréstitos del gobierno había crecido considerablemente (1), y que hasta entonces había quedado exenta de todo impuesto. Venían luego un número de impuestos sobre objetos de lujo, como caballos, coches, criados de librea y otra servidumbre, géneros de terciopelo y de seda, etc., sin olvidar una capitacion triple impuesta á los solteros (2).

En este sentido estaban redactados los edictos de hacienda que el gobierno presentó al parlamento de Paris para su inscripcion. Pero encontraron una resistencia tan furibunda,

(1) El autor entiende por propiedad mueble solo el capital en metálico de los prestamistas del gobierno. (N. del T.)

(2) Esta memoria que se supone escrita por el célebre escritor hacendista Veron de Torbonnais, jefe del despacho de hacienda, se encuentra en la obra francesa: *M. de Silhouette* por PIERRE CLEMENT-ALFRED LEMOINE, págs. 119 hasta 148.

que el rey se espantó y el ministro desesperado no supo hacer otra cosa sino suspender todos los pagos en 21 de octubre con excepcion de las rentas. Con esta bancarota del Estado quitóse el tesoro de encima por el momento 189 millones de pagos vencidos; pero la tempestad que desencadenó este acto brutal en toda la clase poseedora de la nacion en medio de la ruina súbita de innumerables familias, obligó al rey á destituir en 21 de noviembre á Silhouette, y nombrar para sucederle al teniente de policía Bertin que acudió otra vez á las deudas creando rentas vitalicias y haciéndose pagar adelantos por los arrendadores generales de impuestos. Con esto recargó á las clases pobres, que sufrían y callaban, con nuevos impuestos que el parlamento estaba siempre dispuesto á confirmar tratándose de aquellas clases infelices.

Todos estos recursos sin embargo solo curaban el mal del día. El medio mas seguro de salir de este atolladero penosísimo hubiera sido la paz que habría aliviado al país de un solo golpe con una disminucion de gastos anuales de 200 millones, sin mas trabajo que separarse de una guerra que desde el primer día había sido una demencia, y cuya continuacion era un crimen cada día mayor.

Las catástrofes sufridas por el rey de Prusia en Kunersdorf y Maxen no podían consolar al duque de Choiseul de sus propias derrotas en Quiberon, Quebec y Minden. Muy al contrario, le aquejaba el vivo recelo de que el éxito final de la guerra fuera favorable á Federico el Grande. En 24 de diciembre escribió á Ossun, embajador francés en Madrid: «Sabemos que la corte de Viena no tiene mas objeto, mas pensamiento ni mas pasion que el aniquilamiento del rey de Prusia. Estamos convencidos de que cuando esté aniquilado el rey de Prusia y concluida la guerra, Austria renovará su alianza con la Inglaterra y usará un lenguaje que no ha de gustarnos ni á nosotros ni á España. Considerando todo esto, estamos también perfectamente persuadidos de que el rey de Prusia se ha hundido lo bastante y no está en nuestro interés dejarle sucumbir del todo.» Estas reflexiones eran acertadísimas, pero llegaban tarde. Segun hemos indicado varias veces, deberían haber apartado la Francia desde un principio de toda alianza contra la Prusia; cuando menos, el gobierno francés no debería haber renovado la prohibicion mutua estipulada en su último tratado de alianza de hacer la paz por separado. El ministro que había aceptado el artículo 13 del tratado del 30 de diciembre había encadenado á la diplomacia francesa, que ya no podía proceder á su voluntad sin faltar á lo pactado. Solo le quedaba la esperanza de una paz general, pero esta se estrellaba contra la resistencia del Austria y de la Rusia; mientras la de una paz separada con Inglaterra con exclusion de la Prusia, había sido destruida por la actitud previsora y digna de Pitt. Federico el Grande le envió á decir que no había conocido desde que era rey un hombre de Estado de tan eminentes cualidades y que admiraba la vista de águila con que había descubierto desde el primer instante el lazo que el gobierno francés tendía á la Inglaterra con su tentativa de paz.

La Francia pues á pesar de la mediacion de España que Choiseul había invocado, quedó encadenada á una guerra, contra cuya continuacion clamaban al cielo sus intereses mas caros y esto en el momento en que un nuevo tratado con la Rusia daba á esta guerra un aspecto mucho mas amenazador.

Los ministros rusos Woronzoff y Schuwloff habían estrechado y angustiado tanto al embajador austriaco, conde de Esterhazy, con la declaracion terminante de que la Rusia no entraría en un plan comun de operaciones para la campaña de 1760 sin quedar antes asegurada por un solemne tratado la indemnizacion que había de recibir consistente en la ad-

quisicion definitiva de la Prusia Oriental, que Esterhazy firmó en 21 de marzo (1.º de abril) un tratado en este sentido sin autorizacion y hasta sin conocimiento de la corte de Viena. Sin embargo María Teresa lo ratificó aunque con gran pesar, porque el auxilio ruso le pareció indispensable. Si este tratado hubiese llegado á cumplirse habría perdido la Prusia además de la Silesia y del condado de Glatz también una provincia cuya posesion habría hecho á la Rusia señora del mar Báltico; y Polonia, Dinamarca, Suecia, y toda la Alemania del Norte habrían quedado sin remedio bajo la influencia rusa. Para comprender la importancia que semejante cambio tenía para la política europea de Francia no se necesitaba tener los conocimientos diplomáticos ni la prevision de Choiseul; pero á este le pasó lo mismo que á Bernis; tuvo que hacer lo que no quería, y dejar hacer lo que interiormente desaprobaba. Así fué que no objetó nada á las razones que Starhemberg hizo valer en favor del tratado, y solo reservó para la Francia el derecho de no tomar parte en él. María Teresa puesta de acuerdo con la corte francesa, exigió del gobierno ruso que el pacto respecto de la Prusia Oriental se eliminara del tratado principal y se añadiera á este un artículo secreto y adicional, redactado como en efecto se redactó, en el sentido de que la adquisicion de la citada provincia por la Rusia fuera declarada expresamente dependiente de la adquisicion previa de la Silesia y de Glatz por el Austria; que si esta potencia no lograba su deseo, tampoco podría realizar la Rusia el suyo ó por lo menos cesaria la garantía del Austria respecto de este punto. Ambas adquisiciones no figuraban en el tratado como condicion previa de la paz, sino simplemente como el fin al cual debían dirigir las cortes sus esfuerzos militares y diplomáticos. En el interés de la Francia estaba que estos deseos de la Rusia y del Austria no se cumplieran; y el ardor bélico de los rusos y austriacos era tan conocido en Francia como la perseverancia férrea y la energía inagotable con que su adversario se reponía y levantaba de sus derrotas.

Federico el Grande por su parte pasó este invierno mas desanimado que había estado en ninguno de los anteriores, esperando la reapertura de las operaciones de guerra. El golpe de Maxen le había costado los cuadros de 18 batallones y de 6 regimientos de caballería. Los labradores sajones alistados á la fuerza en las filas prusianas, los desertores del enemigo y los oficiales que fué preciso tomar tales como se presentaron, no podían reemplazar á las tropas veteranas perdidas. Un ejército constituido con estos recursos era solo una sombra del anterior; y al mismo tiempo la prudencia obligaba á economizar rigurosamente las divisiones que habían hecho la jornada de Kunersdorf y que con sorprendente rapidez se habían repuesto. Con mayor razon que el año antecedente debió renunciar en este á toda empresa atrevida, y por mucho que le repugnara hubo de concretarse á la guerra «cerrada (1)», renunciando á derrochar como antes la vida y sangre de sus soldados. Sus tropas de campaña disponibles apenas sumaban 90,000 hombres, mientras solo los austriacos tenían 120,000 hombres divididos en dos ejércitos en campaña, aguardando además por lo menos 60,000 rusos. Por fortuna y grande para Federico, sus enemigos no supieron hacer uso de su gran superioridad numérica. A pesar de sus negociaciones, continuadas durante muchos meses, apenas llegaron á proceder de comun acuerdo, y las ventajas que lograba un general austriaco hábil y activo se neutralizaban por la incapacidad é indolencia de otro. Mientras el feldmariscal Daun se limitaba á estar en observacion con sus 70,000 hombres en los alrededores de

(1) *Guerre serrée*. Œuvres V, 44.

Dresde y vigilar los movimientos del ejército del rey Federico y mientras el príncipe Enrique apostado cerca de Sagan aguardaba á las fuerzas rusas, Laudon penetró desde Kosteletz con 40,000 hombres y atacó al rayar el día 23 de junio á la division del general Fouqué que no contaba con la mitad de sus fuerzas y guardaba el desfiladero de Landeshut. Los valientes batallones prusianos lucharon heroicamente atacados por fuerzas tan superiores y simultáneamente por tres lados distintos. Siete horas resistieron el ímpetu furioso del enemigo, quedando completamente destrozados á excepcion de 1,500 hombres que lograron abrirse paso sobre el campo y salvaron. En el campo de batalla quedaron 1,000 muertos; 256 oficiales y 7,816 soldados, casi todos heridos, fueron hechos prisioneros, entre los cuales se hallaba el mismo general Fouqué, que herido de tres sablazos habia caído con su caballo, el cual quedó tambien muerto de un balazo. Gracias á su fiel asistente que cubrió con su cuerpo á su amo sacrificando su vida por él, se libró Fouqué del furor de los soldados austriacos. Este fué el primer hecho de armas de Laudon desde que se le habia confiado un mando independiente; ejecutó el segundo el 26 de julio tomando despues de una lucha de 4 horas la plaza fortificada de Glatz; y con esto obligó á Federico el Grande á renunciar al asedio de Dresde, que con horrosas pérdidas para esta ciudad duraba á la sazón ya algunos días, y á dirigirse inmediatamente á la Silesia, cuya situacion crítica reclamaba su auxilio. Simultáneamente con Federico dirigiéronse tambien á Silesia Daun y Lacy, marchando los tres ejércitos tan próximos uno á otro que parecían un solo ejército dividido en tres columnas, en el cual Daun guiara la vanguardia, Federico el centro y Lacy la retaguardia. Los 30,000 prusianos con toda su artillería y 1,000 carros cargados hicieron el largo camino desde el Elba pasando por los rios Spree, Neisse, Queiss hasta el Bober en cinco días, y llegaron en 7 de agosto á Bungalau. Allí, además de los dos ejércitos austriacos que les iban escoltando á respetable distancia por su flanco y á retaguardia, encontraron otro tercer ejército en frente, el de Laudon, que iba acercándose á ellos desde Breslau, mientras un cuarto ejército enemigo, el ruso, mandado por Soltikoff, acampaba á la derecha del Oder en frente del príncipe Enrique. Los ejércitos de Daun y de Lacy que iban acompañando á Federico rivalizando con los prusianos en la rapidez de la marcha sin pensar ni soñar siquiera en atacarlos por el camino, fueron muy útiles para Federico, porque su tropa capturó á un ayudante del feldmariscal que llevaba despachos de su superior á Lacy, por los cuales el rey supo los últimos sucesos de Silesia y los proyectos de Daun.

El príncipe Enrique que habia avanzado hasta Landsberg del Warte para observar á los rusos que venian desde Posen, habia deducido de sus movimientos, que tenian intencion de dirigirse á Silesia, por cuya razon habia retrocedido pasando por Züllichau á Glogau, donde supo que los rusos de Soltikoff y los austriacos de Laudon se habian dado cita junto á los muros de Breslau. Laudon, impaciente por la tardanza y marcha lenta de los rusos, no los aguardó y se dirigió con los suyos á Breslau. Despues de establecer el cerco de la ciudad por todos lados, intimó la rendicion al gobernador de la plaza, Tauenzien, por medio del comandante Rouvroi, anunciándole que sitiaba á Breslau con 56 batallones y 85 escuadrones; que el ejército ruso se acercaba á toda prisa y que los sitiados no tenian esperanza alguna de socorro exterior. Tauenzien se negó rotundamente á rendirse aunque solo disponia de 4,000 hombres; y cuando los croatas entraron en los arrabales hizo una salida, los arrojó al campo y mandó incendiar las casas; de modo que no dejó

al enemigo duda alguna de que su intencion de defender la plaza era seria. Laudon no tenia artillería de sitio, ni siquiera municiones bastantes para bombardear la ciudad con eficacia; y como además preveia la inmediata aproximacion del príncipe Enrique, trató de apoderarse de la plaza por una astucia que intimidase al comandante; pero no consiguió su objeto. Envióle el 1.º de agosto un escrito con el título de *Pro Memoria* en el cual calificaba de «abuso la resolucion de quererse sostener contra todos los usos de la guerra en una ciudad mercantil insostenible y exponerla al peligro de ser quemada y reducida á un monton de piedras.» El valiente Tauenzien encontró muy singular el tener que explicar al general enemigo que Breslau estaba rodeada de obras de fortificacion y de ancho foso; «que de consiguiente podia considerarse como fortaleza, y que estaba resuelto á defenderla, segun era obligacion de todo comandante pundonoroso como él era y como esperaba demostrarlo á los ojos del rey y de todas las personas honradas.» En vista de esta contestacion no tuvo otro remedio Laudon sino aprovechar el corto plazo que le quedaba hasta la llegada del príncipe Enrique para hacer un ensayo de bombardeo. Así lo ejecutó en efecto; durante la noche bombardeó la ciudad con tres baterías que incendiaron el palacio real y varias casas. Entre tanto sus croatas se precipitaron hácia la ciudad; pero fueron enérgicamente rechazados por el fuego de metralla y fusilería de los sitiados.

En esto recibió Laudon noticia de que el príncipe Enrique habia pasado el Oder cerca de Glogau, y resolvió enviar aviso á Soltikoff, que estaba solo á unas 9 leguas de Breslau, exhortándole á que apresurase su marcha, porque de otra manera el príncipe Enrique llegaria y le obligaria á levantar el sitio. Entre tanto hizo otra tentativa para intimidar á Tauenzien enviándole otra vez en la mañana del día 2 de agosto al mismo Rouvroi con encargo de hacerle presente: que por cierto no perjudicaria á su honor militar el tener lástima de la poblacion; que él mismo podria redactar las condiciones de la capitulacion; que el general Laudon se comprometia desde luego á aceptarlas, porque nada sentiria mas que haber de proceder al asalto, pues entonces no habria cuartel para nadie. Tauenzien contestó que el incendio de la ciudad no podia modificar su resolucion y añadió: «Yo definiendo baluartes y murallas; allí aguardaré al enemigo. No comprendo el honor singular de un comandante que entrega una plaza antes que el enemigo haya abierto brecha en ella, y sobre todo antes de haberla atacado en regla.» Rouvroi contestó que en seguida se abririan las trincheras, á lo cual contestó el prusiano: «Hace tiempo que espero eso mismo,» con lo cual terminó la entrevista.

Laudon no abrió las trincheras; se estuvo quieto y el 4 de agosto marchó á Canth porque la vanguardia del príncipe Enrique estaba ya en Neumarkt. La marcha de Laudon dejó libre el camino al Lissa y á Breslau; de suerte que el príncipe Enrique pudo reunir el 8 de agosto todo su ejército delante de esta ciudad. Soltikoff acampó con el suyo á una legua de distancia, mientras Czernicheff se apostó cerca de Auras á orillas del Oder despues de haber buscado en vano cerca de Leubus un puente para pasar el rio.

En estas circunstancias Federico el Grande concibió la idea de reunirse con su hermano Enrique delante de Breslau y libertar en union con él la Silesia de los rusos y austriacos. El 9 de agosto dió otro día de descanso á sus tropas en Bunzlau mientras Daun descansaba igualmente en Löwenberg. Desde Lissa habia escrito el príncipe Enrique el día 5 de agosto una carta muy angustiada á su hermano el rey, llamándole la atencion sobre la superioridad considerable de los dos ejércitos enemigos entre los cuales se hallaba y

añadiendo estas palabras: «Si hubiese sospechado las dificultades que encuentro y que todavía he de encontrar en esta campaña, habria suplicado que se me eximiera de un encargo que me parece poco menos que irrealizable.»

El rey le contestó desde su campamento cerca de Hohendorf á orillas del Katzbach adonde habia llegado la noche de su primer día de marcha: «No es difícil, querido hermano, encontrar personas que sirvan al Estado en los tiempos tranquilos y felices: los buenos ciudadanos son aquellos que le sirven en épocas críticas y de infortunio. La verdadera fama se cobra realizando cosas difíciles, y cuanto mas lo son, mayor es el honor que de ellas resulta. Por eso no creo que lo que me escribis lo decís en serio. Es cierto que ni vos ni yo seremos responsables de los sucesos en nuestra situacion actual, pero cuando hayamos hecho lo que hubieren per-



mitido nuestras fuerzas, nuestra conciencia y el mundo nos harán justicia.—Dentro de pocos días quedará decidida aquí la cuestion segun toda probabilidad. Combatiremos por el honor y por la patria; todos haremos lo posible para vencer; que á mí no me espanta la superioridad del enemigo.»

El rey Federico se volvió á encontrar en la disposicion de sus días mas prósperos. Durante la marcha muy semejante á la que le trasladó de Rosbach á Leuthen, se acordó de aquellas dos jornadas, é inspirándose en aquel recuerdo, recobró la misma energía y temple de alma que habia mostrado en ellas. La desproporcion entre sus fuerzas y las del enemigo era á la sazón mayor todavía. Tenia 30,000 hombres contra 90,000 y los suyos no eran las tropas de otro tiempo, mientras esta vez el ejército austriaco que tenia delante contaba con tantos veteranos como antes habia tenido reclutas; pero Federico era el mismo; su alma soberbia erguise indómita; comunicaba su ardor á todo su ejército y miraba con la conciencia serena de su superioridad, con sonrisa y desde inmensa altura á sus enemigos como otros tantos pigmeos.

Al otro lado del Katzbach que Federico tenia forzosamente que pasar, estaba todo el ejército del enemigo: el general Nauendorf cerca de Parchwitz; Laudon entre Jeschendorf y Koischwitz; Daun se extendia desde este último punto hasta Wahlstatt; y, lo que el rey el día 10 todavía

ignoraba, Lacy estaba entre Seichau y Goldberg. Los caminos que conducian á Schweidnitz y Breslau estaban de consiguiente tan obstruidos y guardados, que era imposible el paso de un ejército inferior como el prusiano. No obstante, convenia al rey ir á Breslau para unirse allí con su hermano, evitando cuidadosamente un encuentro con el enemigo tres veces mas numeroso. En esta situacion acudió á los recursos de los guerrilleros que cada noche acampan en diferente sitio para no exponerse á ser sorprendidos, como habria sucedido infaliblemente al rey de Prusia si hubiese sido menos vigilante y activo. Su ejército estaba en continuo movimiento para confundir al enemigo llamándole la atencion tan pronto á una parte como á otra, pero engañándole siempre; y el enemigo no hacia mas que espiar sus posiciones y tomar acertadas medidas para atacarle, encontrando siempre el nido vacío cuando creia poderle sorprender en él. Estas maniobras eran sin embargo muy arriesgadas, habiéndose de ejecutar casi á la vista de fuerzas enemigas en triple número; y la mas atrevida de ellas, á saber, su avance sobre Seichau y el regreso á Liegnitz á favor de la noche del 12 al 13 de agosto, habria podido conducir fácilmente á una catástrofe fatal para él, si Laudon hubiese ocupado entonces el puesto de Daun. El resultado de este último movimiento temerario fué para Federico el Grande la conviccion de que su proyecto de rodear el ala izquierda del enemigo era empresa de todo punto imposible.

En Liegnitz supo el rey por confidencias que Czernicheff con 20,000 rusos habia pasado el Oder cerca de Auras, y que los austriacos solo esperaban su cooperacion para dar el golpe contundente al ejército prusiano. Este tenia pan y galletas solo para tres días y dos mil carros de impedimenta para trasportes de municiones de boca y guerra que en todas sus marchas eran un obstáculo por demás molesto. A esto se agregaba que no podia prolongar su permanencia en el campamento de Liegnitz, porque su ala derecha apostada cerca de Schimmelwitz podia ser fácilmente cercada y cortada por el enemigo. La tentativa de romper por Jauer no habia tenido éxito, quedando solo alguna esperanza de lograrlo por el lado de Parchwitz, pero con la condicion de no demorar el movimiento ni un solo día, si habia de verificar su union con el príncipe Enrique. Si la operacion salia bien, podia todavía salvarse todo.

El plan del enemigo era patente; «porque si dos contrarios, dice el mismo Federico en sus obras, se han hecho la guerra sin interrupcion durante algunos años, adquieren una intuicion tan exacta de su modo de pensar, obrar y calcular, que se adivinan mutuamente sus intenciones.» Así sucedió á la sazón á Federico, que enterado ya perfectamente de las posiciones de los tres ejércitos, no dudó un momento de lo que le convenia hacer. Lacy debia, segun su cálculo, atacar su ala derecha, Daun el centro y Laudon ocuparia las alturas de Pfaffendorf para cerrarle el camino de Glogau y cortarle la retirada. Con estas premisas quedaba determinado el plan del rey único posible. Por la tarde del 14 de agosto despachó en direccion á Glogau todo su parque de carros, escoltado por dos batallones francos y cien jinetes para cargar allí nuevos víveres y municiones de guerra, lo cual se hizo con toda felicidad. A la entrada de la noche se puso él mismo con su ejército en marcha hasta Pfaffendorf, mientras aldeanos alquilados y vigilados por algunos húsares conservaban las hogueras en el campamento abandonado. Al otro lado del arroyo Schwarzwasser que desemboca mas abajo de Liegnitz en el Katzbach, se hizo alto y se tomó una posicion que permitia al ala mandada por Zieten guardar el arroyo indicado, mientras la otra ala mandada por el mismo rey ocupó las alturas de Pfaffendorf á orillas del Katzbach.